

PALABRAS EN LA INAUGURACIÓN DE LA MESA REDONDA SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE LAS INVESTIGACIONES DEL ARTE DE MÉXICO

Por Clementina Díaz y de Ovando

En límpida prosa que provenía del mester literario que no le fue ajeno, con modestia, sin alardes, sin agria crítica a quienes lo precedieron en la magna tarea de historiar el arte de México, “pues la verdadera crítica se hace superando”, Manuel Toussaint ha relatado cómo concibió y fundó a fines de 1934 el Laboratorio de Arte, cuyos trabajos se iniciaron el primero de febrero de 1935, y que casi de inmediato pasó a ser Instituto de Investigaciones Estéticas. Cuatro décadas de incansable y trascendente labor que ahora se cumplen, y que con esta mesa redonda: “Estado Actual de las Investigaciones del Arte en México”, empezamos a celebrar.

En el año de 1934 el ilustre investigador español Diego Angulo Iñiguez visitó México, “su visita —comentó Toussaint— marca una nueva etapa para la investigación de arte en nuestro país pues los investigadores mexicanos se relacionan con sus colegas españoles”.

Y la presencia de Angulo fue un acicate para que Toussaint, que llevaba veinte años de interesarse por el arte de México, se diera fervorosamente a crear un centro que aglutinara los afanes dispersos, un Laboratorio de Arte a imagen y semejanza del de Sevilla. A la feliz circunstancia, la visita de Angulo que determinó a Toussaint a emprender los trabajos para la iniciación de ese Laboratorio, se aunó la apremiante necesidad, no tanto de haber mantenimiento, cuanto lograr un sitio donde los investigadores Toussaint, Federico Gómez de Orozco, Rafael García Granados y el arquitecto Luis MacGregor pudieran proseguir sus estudios acerca de nuestra expresión artística ya que, por eventualidades políticas que Toussaint prefirió no mencionar —el haberse negado a concurrir a una manifestación política— habían quedado al aire, a Dios te la depare buena.

El 20 de diciembre de 1934, Toussaint dirigió al entonces rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, doctor Fernando Ocaranza, un escrito en el que le exponía los motivos para la fundación de un Laboratorio de Arte y sometía a su consideración el plan para establecer ese “centro coordinador y autorizado”, que la Universidad

máxima entidad de cultura en nuestro país, tenía el riguroso deber de apoyar y fomentar.

En virtud de la Ley Constitutiva de 1929, que creó la Universidad Nacional Autónoma de México, algunos institutos que formaban parte de varias secretarías de Estado pasaron a depender de la Universidad, otros institutos a seguidas se instituyeron. Toussaint en su iniciativa afirmaba: “La Universidad que se reorganizó admirablemente dividiéndose en institutos no resolvió satisfactoriamente ese punto: el Laboratorio de Arte le dará la solución perfecta.”

El humanista que fue Manuel Toussaint no concebía a la Universidad sin el vigoroso puntal de las humanidades, pues sin ellas la Universidad quedaba trunca, menguada su naturaleza, y restringida su trayectoria. Por eso mismo, el Laboratorio de Arte que revelaría y difundiría a través de la expresión artística el ser histórico y la formación cultural de México, resulta indispensable a la recién reestructurada Universidad, ya que no existía un establecimiento en donde se impartiera la enseñanza de la historia, teoría y crítica de las artes plásticas, ni tampoco se practicara su investigación.

El Laboratorio de Arte —aducía Toussaint— “será el Instituto de donde salgan los futuros historiadores de nuestro movimiento plástico. Allí tendrán no sólo los elementos de trabajo sino que adquirirán la disciplina y el método preciso para que sus obras alcancen los requisitos de seriedad y validez que se necesitan en esta clase de trabajos”.

La Universidad en ese año de 1934 atravesaba por una grave crisis política y económica, sus relaciones con el Estado, tensas y difíciles, no permitían su cabal desenvolvimiento, no obstante esas circunstancias, el rector Ocaranza atendió la proposición de Toussaint.

El 1º de enero de 1935 empezó a tramitarse la organización del Laboratorio de Arte. Años eran aquellos en que bastaba un oficio del rector turnado al tesorero de la Universidad para poner en marcha un departamento. Patrocinado por el rector y resuelto afirmativamente por el tesorero el proyecto de Toussaint, el Laboratorio de Arte dio principio a sus estudios el 1º de febrero de 1935.

No hubo, en este venturoso inicio de labores, ceremonia alguna, ni discursos del rector ni del director, como los hubo al ser instalados otros institutos, sino solamente un sucinto oficio que a la letra dice:

Laboratorio de Arte
México, febrero 19 de 1935

C. Rector de la Universidad Nacional
Autónoma de México
P r e s e n t e

Tengo la honra de comunicar a usted que, después de todos los trabajos preliminares llevados a cabo con el fin de su organización, ha quedado definitivamente instalado el Laboratorio de Arte, como filial del Instituto de Historia, en el local N° 15 del edificio que ocupa la Escuela Nacional Preparatoria.

POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU.

El Jefe del Laboratorio, Manuel Toussaint.

Y así, en un rinconcito de la ponderosa fábrica colonial de San Ildefonso, con un modestísimo mobiliario empezó sus trabajos el Laboratorio de Arte. Su planta de investigadores bien reducida, cuatro en total, y su presupuesto por demás exiguo: seiscientos sesenta y dos pesos mensuales distribuidos de la manera siguiente: director y jefe del Laboratorio, Manuel Toussaint, ciento sesenta y seis pesos, los profesores investigadores Rafael García Granados, Luis MacGregor y Federico Gómez de Orozco, ciento treinta y dos pesos. Rosa Gutiérrez Muro, taquimecanógrafa y encargada del archivo de fotografía cien pesos. Más adelante, a instancias de Toussaint se concedió un profesor dibujante, plaza que ocupó Justino Fernández, investigador a principios de 1936.

Si precaria fue la situación económica en los principios del Laboratorio —ya el Instituto también la padecería por muchos años— su programa de trabajo de amplia visión, resultó de trascendencia a las vueltas del tiempo, cumpliendo en buena medida, si se mira dentro de las condiciones que lo rodean, aquella idea o ideal —ya mencionado— que Toussaint había aludido al hablar de que el Instituto daría a sus miembros los elementos intelectuales de trabajo, la disciplina, el método, etcétera, para hacer obras de seriedad y validez.

Ese programa formulado por Toussaint y suscrito por los investigadores comprendía la investigación integral de nuestro arte, su relación con el arte universal, investigación a realizarse con apretados métodos científicos y con estricto respeto a la libertad de expresión. Se propusie-

ron, asimismo, trabajos en conjunto, lo que ahora se dice en equipo. La difusión del conocimiento del arte dentro y fuera de la Universidad se haría por medio de cursos, cursillos, conferencias, excursiones, viajes. El Laboratorio sería centro consultivo para propios —los universitarios— y para extraños. Las publicaciones beneficiarían a los especialistas y a la vez a un público más dilatado. Investigación y difusión quedaban reafirmadas con ficheros copiosos en datos, con la terminología de las artes plásticas, con colecciones de planos y dibujos de monumentos, con la organización de una biblioteca especializada, con archivos de diapositivas y fotografías. No se descuidaba el fomento de la investigación fuera de la Universidad, ya que los originales de los investigadores huéspedes se publicarían a la par que las de los del Laboratorio; se pondría gran empeño en la formación de nuevos investigadores, se propiciaría la asistencia a congresos internacionales, así como los vínculos con instituciones afines. Un intento, desafortunadamente fallido por la penuria económica de ese nexo, fue la publicación de una revista entre las Universidades de Sevilla y México bajo el título: *Arte en América y Filipinas*.

Sobrado programa que con la investigación y la crítica pretendía el enriquecimiento y la afirmación de la conciencia nacional a través de los valores del arte.

“El Laboratorio de Arte —escribió Toussaint— nació pobre pero de noble abolengo, pues fue apadrinado por el Laboratorio de Sevilla, cuya meritísima labor es reconocida en el mundo entero.”

Y si noble fue el Laboratorio de Arte por ese esclarecido padrinazgo, ese lustre se ha acrecentado, ¡qué duda cabe!, por la heroica abnegación de aquellos sus primeros miembros, por su amor a México, a su arte, por su actividad creadora, por destacar, difundir y defender los valores de nuestra expresión artística, por integrarla a la historia universal del arte.

Sin dejar de reconocer los méritos de tantos antecesores, algunos remotos —aludo a Couto, Revilla, Díez Barraso—, en este aniversario que conmemoramos, el Instituto de Investigaciones Estéticas no puede dejar de encarecer y exaltar la memoria de su fundador, Manuel Toussaint que en una forma profesional se dedicó a la investigación y a la crítica de arte, tarea —repito— que hizo profesional y a la que consagró su vida. La culminación de ese su profesionalismo fue impulsar y dirigir el Instituto.

Es un orgullo para sus discípulos que él haya sido el primero en dar ese sesgo a la investigación del arte mexicano, y que esa línea que él

trazó se haya continuado en el Instituto con la colaboración de los investigadores, la ayuda moral de las autoridades universitarias y económica —siempre en la medida de sus posibilidades— para llegar a estos cuarenta años de sazónada labor de primer orden en la enseñanza y difusión del arte y que muestra como honra y flor de la Universidad Nacional, del país, sus publicaciones.

El Instituto se complace de que a su llamado estén aquí reunidos estudiosos entusiastas de muchas partes de la República y de otras instituciones, con quienes nos atan intereses comunes que a todos nos incumben y, por mi conducto, les da la más calurosa bienvenida a éste, de la pasión del arte y su defensa domicilio, el Instituto de Investigaciones Estéticas.